

UNA HISTORIA NATURAL



DE LAS

ALUCINACIONES

RÓBINSON GRAJALES

La tozuda disociación entre ciencias humanas y ciencias naturales supone una escisión entre la naturaleza y lo humano, como si pudieran ser dos entidades separadas. Quienes todavía insisten en esta oposición olvidan que todo conocimiento, por objetivo que sea, es en últimas una experiencia subjetiva, y que el conocimiento objetivo del mundo, incluyendo a los humanos, repercute en la experiencia que tenemos de él y de nosotros mismos. Así, la ciencia también es una forma de pensar lo humano y nos proporciona nuevas experiencias subjetivas de nuestras maneras de habitar este mundo.

Por fortuna, en las últimas décadas muchos pensadores, la mayoría de ellos científicos, se han ocupado de resaltar esta unidad del pensamiento, tratando de reducir la brecha entre humanistas y científicos. Este grupo de intelectuales asumieron la tarea de comunicarle directamente a un público amplio las implicaciones de su trabajo. De esta manera, armados con una formación literaria y humanista, a la par de un conocimiento científico sólido, estos *científicos divulgadores* y *divulgadores científicos* poblaron el mundo de ideas e imágenes sugestivas e inquietantes. Como resultado, la ciencia ha encantado de nuevo el mundo, contrario a las profecías oscuras de aquellos humanistas depresivos que anunciaban el fin de los tiempos a manos de científicos que solo nos dejarían como imagen final la esterilidad de la Luna o el desierto de Marte.

A ese grupo de pensadores que tienen el talento para comunicar de manera eficaz su trabajo científico, y a la vez plantear las preguntas que conciernen a nuestra condición humana a partir de sus hallazgos, pertenece Oliver Sacks. Este neurólogo inglés, nacido en 1933, no solo realizó la proeza de escribir *best sellers* sobre neurología, sino que además propició que se llevaran al cine y la televisión las historias de pacientes con afecciones neurológicas. Entre los libros más recordados de Sacks están *Despertares* y *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, ambos una muestra del estilo ameno, claro, ilustrativo y conmovedor que caracteriza toda su obra. Sus libros producen admiración y alegría porque en ellos se encuentra, por un lado, un mundo cerebral diverso y sorprendente, un asomo a diferentes versiones de la vida a partir de condiciones particulares, y, por otro lado, los retratos de los seres humanos que viven esas circunstancias singulares. Todo esto lo hace con un pulso narrativo cautivador, lo logrado gracias a esa “duplicidad indomable” que el mismo Sacks describe en su prefacio a *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*: “Me siento a la vez médico y naturalista; y me interesan en el mismo grado las enfermedades y las personas; puede que sea también, aunque no tanto como quisiera, un teórico y un dramaturgo, me arrastran por igual lo científico y lo romántico, y veo constantemente ambos aspectos en la condición humana” (Sacks, 2009: 9).

De igual manera, en sus libros Sacks nos habla de él mismo, unas veces con pinceladas breves con anécdotas de pasada, y otras veces lo hace con más detenimiento sobre sus propias experiencias. Así, se va configurando también su retrato, en el cual no solo aparecen sus propias alteraciones neurológicas transitorias, sino también su carácter solitario, disciplinado, aventurero, generoso, su adicción a las anfetaminas en su juventud, así como la experimentación con otras drogas, su prolongada relación con el psicoanálisis, sus gustos literarios, musicales, artísticos en general, y cómo las artes y la filosofía arrojan luces para la comprensión de las personas con quienes trabaja; también aparecen sus maestros, sobre todo los neurólogos del siglo XIX con los prolijos relatos de sus casos clínicos, al igual que la influencia del estilo del neuropsicólogo ruso Alexander Luria... en fin, aparece un hombre inmerso en la experiencia del conocimiento sin fronteras artificiales, pues, como dijo alguna vez: “Por encima de todo, he sido un ser con sentidos, un animal pensante, en este maravilloso planeta, y esto, en sí, ha sido un enorme privilegio y una aventura” (Página 12, 2015: s. p.). Esas múltiples dimensiones de su vida, entre las que se incluye su sexualidad y el hecho de haber encontrado el amor —“después de una vida de mantener distancia”— a los setenta y cinco años, las relata en su autobiografía, *On the Move: A Life*, publicada a principios de 2015, después de haber sido diagnosticado con un cáncer terminal, a propósito de lo cual declaró: “Me encuentro intensamente vivo y quiero y espero que el tiempo que me quede por vivir me permita profundizar mis amistades, despedirme de aquellos a los que quiero, escribir más, viajar si tengo la fuerza suficiente, alcanzar nuevos niveles de conocimiento y comprensión. Esto incluirá audacia, claridad y hablar con franqueza; trataré de ajustar mis cuentas con el mundo. Pero también tendré tiempo para divertirme (incluso para hacer alguna estupidez)” (Página 12, 2015: s. p.).

Todos estos aspectos de su experiencia del conocimiento confluyen en su libro *Alucinaciones*, publicado en español en 2013. Lo primero que hace Sacks en esta obra es sacar las alucinaciones del rincón oscuro de la patología y dispersarlas por el colorido jardín de la vida cotidiana; de hecho, de manera explícita, decide no ocuparse

Sacks cumple de forma extraordinaria la promesa hecha al lector de que este recorrido “permita intuir la enorme gama y variedad de la experiencia alucinatoria, una parte esencial de la condición humana”.

de las alucinaciones esquizofrénicas porque para él requieren una consideración aparte. Entonces algo alrededor nuestro empieza a animarse: ¿quién no ha sentido alguna vez que lo llaman por su nombre, ya sea una voz conocida o anónima, sin que *nadie* nos haya llamado? Y de repente nos enteramos de que hemos padecido alucinaciones auditivas, por lo menos la más común de ellas, una experiencia que el mismo Freud relata en *Psicopatología de la vida cotidiana*: “En tiempos en que yo, de joven, vivía solo en una ciudad extranjera, a menudo oía una voz querida, inconfundible, llamarme por mi nombre; decidí anotar entonces el momento en que me sobrevinía la alucinación para preguntar luego, inquieto, a quienes permanecían en mi hogar, lo ocurrido en ese mismo instante. Y no había nada” (Sacks, 2013: 72). ¿Y qué decir de nuestras percepciones erróneas o ilusiones de carácter visual que alejamos con una sonrisa, cuya línea, como el mismo Sacks plantea, es difícil de trazar con respecto a las alucinaciones evidentes? De esta manera, nos vamos adentrando en una realidad cada vez más sospechosa, sobre todo teniendo en cuenta que estas experiencias tan comunes, así como otras más extremas, son “tan antiguas como el cerebro humano”. Es más, el mismo Sacks se pregunta si estos fenómenos alucinatorios están en la base del arte, el folklore y la religión: las figuras geométricas del arte aborigen, los elfos, los duendes, los demonios, las brujas, los alienígenas, las experiencias divinas, la idea de que se puede carecer de cuerpo, los fantasmas, los espíritus, etc. Además, se plantea una cuestión muy provocadora: “¿Por qué todas las culturas que conocemos buscaron y encontraron drogas alucinógenas y las utilizaron, ante todo, con una intención sacramental?” (106). A propósito de este uso sacramental de sustancias vegetales psicoactivas, Sacks comenta que los agentes psicoactivos del mundo vegetal parecen creados a la medida de los neurotransmisores y de

los receptores cerebrales humanos; aunque aclara que, obviamente, no fue así, anota que “uno no puede evitar una sensación de asombro ante el hecho de que haya tantas plantas capaces de provocar alucinaciones o estados alterados del cerebro de tantos tipos distintos” (106). Así, nos abre la puerta a una realidad donde no hay una certeza absoluta sobre lo que vemos, o más bien, nos enfrenta a una certeza fatigada como los relojes blandos de Dalí en *La persistencia de la memoria*.

La galería de alucinaciones por la cual nos conduce Sacks posee una riqueza impresionante. Por un lado, están presentes todas las modalidades sensoriales de las alucinaciones; por el otro, están las causas de las experiencias alucinatorias, que incluyen la privación sensorial —dentro de la cual se cuentan los estímulos monótonos como las carreteras, los paisajes cubiertos de nieve y los desiertos—, la ceguera, la sordera, los trastornos neurológicos —como el Parkinson, la migraña, la epilepsia, entre otros—, ciertos medicamentos, el consumo de sustancias psicoactivas, el umbral del sueño, los delirios, así como lo que Sacks denomina “la mente obsesionada”. Además, se encuentra una inmensa variedad de contenidos alucinatorios, muchos de ellos vinculados con las circunstancias particulares de cada persona o con el tipo de trastorno al que están asociados, y algunos relacionados con el carácter o el estado de ánimo de quienes alucinan; dentro de estos contenidos aparecen manchas de colores, figuras geométricas, miembros amputados, olores transitorios u omnipresentes, melodías musicales, partituras en paredes o en textos escritos, espectros, fantasmas, personas conocidas o desconocidas, paisajes, conversaciones, animales, seres fantásticos, experiencias de éxtasis, objetos multiplicados, escenas de batallas, los dobles o alucinaciones de uno mismo, y muchos más. Las alucinaciones también difieren en cuanto a si interactúan o no con quien las padece, si generan o no alguna emoción negativa,

si las personas las ignoran o las acogen como parte integral de su vida; algunos se divierten con ellas, otros sufren, y hay quienes las reciben como a cualquier visita y se sienten acompañados por ellas; una alucinación puede ser interpretada por algunos como un ángel y por otros como un demonio. De esta manera, el autor nos ofrece, como él mismo lo anuncia en la introducción del libro, una especie de historia natural o antología de las alucinaciones, acompañada de los relatos de primera mano de estas experiencias, la única manera de entender su poder y su impacto. Sacks cumple de forma extraordinaria la promesa hecha al lector de que este recorrido “permita intuir la enorme gama y variedad de la experiencia alucinatoria, una parte esencial de la condición humana” (14).

Dentro de este multicolor catálogo de alucinaciones, hay un grupo que se diferencia de la mayoría: aquellas que Sacks atribuye a la “mente obsesionada”. En todos los otros casos de alucinaciones producidas por trastornos, intoxicaciones o hipnagogias, siempre hay un mecanismo cerebral que origina o facilita las alucinaciones; estas no se relacionan con las creencias, el carácter o el estado de ánimo de las personas y no tienen ningún sentido ni relevancia en los sucesos y preocupaciones de sus vidas. En cambio, en las alucinaciones de la *mente obsesionada*, que Sacks define como “regresos compulsivos a una experiencia pasada”, eso que regresa para obsesionar a la mente es una parte significativa del pasado: “Experiencias vitales tan cargadas de emoción que crean una impresión indeleble en el cerebro y lo obligan a repetirlas” (239). Las emociones que pueden dar lugar a experiencias alucinatorias son diversas: tristeza por una pérdida, temor o angustia como consecuencia de acontecimientos profundamente traumáticos en los que han estado amenazados el ego o la propia vida, incluso el sentimiento de culpa también puede provocar alucinaciones. Tal como lo plantea Sacks, “Cualquier pasión o amenaza que nos consume puede conducir a alucinaciones, en las que aparece una idea y una intensa emoción” (241). En estos casos, la imaginación sobrepasa sus límites y es sustituida por la alucinación, lo cual puede obedecer, según el autor, a una ruptura de los mecanismos que normalmente nos permiten hacernos responsables de nuestros pensamientos y fantasías y reconocerlos como

propios, verlos como algo nuestro y no de origen externo. Además, en este tipo de alucinaciones intervendrían distintos tipos de memoria, pues mientras que los recuerdos autobiográficos son accesibles de modo verbal, los recuerdos retrospectivos de escenas traumáticas, por el contrario, no son accesibles ni de manera voluntaria ni de forma verbal, afloran automáticamente ante la referencia al suceso traumático o a algo relacionado con él, ya sea una imagen, un olor o un sonido. Los recuerdos autobiográficos están integrados en el contexto de una vida y pueden ser revisados en relación con diferentes contextos y perspectivas; en cambio, los recuerdos traumáticos parecen conservarse en un tipo de memoria diferente, aislada y no integrada. A partir de estas hipótesis, Sacks plantea que una psicoterapia debería tener el propósito de reintegrar los sucesos traumáticos a la memoria autobiográfica, pero anota inmediatamente que esta tarea puede ser extraordinariamente difícil, y a veces casi imposible.

A propósito de la diferencia entre imaginación y alucinación, Sacks muestra que esta distinción no es solo subjetiva, sino también fisiológica, pues en las alucinaciones se activan las áreas cerebrales de la percepción, lo cual no ocurre con la imaginación; es decir, las alucinaciones se parecen mucho más a las percepciones que a la fantasía. En este sentido, el autor retoma las palabras del naturalista suizo Charles Bonnett, quien afirmó en 1760 sobre las alucinaciones: “La mente no sería capaz de distinguir la visión de la realidad”, y Sacks en 2012 agrega: “el cerebro tampoco las distingue” (38). Estas aseveraciones implican que, en términos estrictos, podemos ver, oír, en general sentir, algo que no está fuera de nosotros como si fuera externo a causa de trastornos neurológicos, la ingestión de sustancias químicas, los ejercicios espirituales como la meditación, el paso de la vigilia al sueño o viceversa, así como por el retorno de experiencias o ideas que obsesionan a la mente, o por cambios en la dinámica neurofisiológica; es decir, casi por cualquier causa, en cualquier momento, y sin enterarnos muchas veces, a no ser en algunos casos por el llamado insistente de la realidad, pues una alucinación podría costarnos la vida al ver una autopista que se convierte en cuatro autopistas, y para eso hay otros a nuestro alrededor diciéndonos “eso no es una percepción,

estás alucinando”, aunque a veces el cerebro también se defiende solo. Todo esto indica cómo hay una disociación entre la manera en que se presenta el mundo a nuestros sentidos y aquella en que lo representa nuestro cerebro.

En términos visuales, Lacan se refirió, el 19 de febrero de 1964, en su seminario *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Lacan, 1987), a una disociación similar como “La esquizia entre el ojo y la mirada”. Esta *esquizia* la introduce después de haberse ocupado de la repetición en la clase anterior —“*Tyche y Automaton*”— para indicar que esa mirada es el lugar del retorno de una escena traumática a través de la pantalla del *fantasma*. Esto funcionaría de esta manera gracias a que entre la percepción y la representación del mundo que hace la conciencia intervendría el orden de lo real. Lacan lo ilustra de manera muy bella a partir del sueño: aquel sueño que relata Freud, en *La interpretación de los sueños*, en el que un hombre que ha estado velando a su hijo, para dormir un poco, se va a descansar en el cuarto contiguo; después de un rato, ante un ruido en la otra habitación, en su sueño aparece el hijo en llamas diciendo: “Padre, ¿no ves que estoy ardiendo?” y al correr a la habitación de al lado, el padre se encuentra un incendio ocasionado por una vela que se cayó. Este mecanismo se puede extrapolar a la vigilia. Siguiendo este camino de la mano de Sacks, se puede suponer que esas ideas que obsesionan nuestra mente, *fantasmáticas*, pueden alterar nuestra percepción de la realidad, incluso hasta producir alucinaciones originadas por un sonido, una palabra o una imagen relacionados con alguna escena traumática. El psicoanálisis nos ha enseñado que esa escena puede retornar a pesar de ser irrepresentable, o de no haberse producido nunca, pues, como dice Pascal Quignard en *El sexo y el espanto*, “El hombre es aquel a quien le falta una imagen” (2005: 8). Esa escena perdida, que retorna en la fantasía creada por las experiencias singulares de cada sujeto, se instala en la mirada que en el centro del cuadro *Los embajadores*, abordado por Lacan a propósito de la anamorfosis, ubica un falo con forma de calavera, o una calavera con forma de falo; esa misma mirada intenta reproducir en nuestra vida la escena de nuestra propia concepción, como lo señala Quignard, con todo lo que tiene esa escena de sometimiento, de destrucción, de anulación; o nos

muestra el mundo como un gran pecho alucinado, con las consecuencias que ya señaló Freud, cuyo destete es tan temido, y dicho temor tiene tal poder, que Quignard cita a Tácito, quien nos cuenta que “las esposas de los germanos desnudaban sus pechos durante el combate para que sus maridos o sus hijos temieran el cautiverio inmediato que las amenazaba si no era suya la victoria” (90).

De esta manera, existe la posibilidad de que vivamos en una realidad alucinatoria sin darnos cuenta. Algunos vivirán felices en ella, otros no podrán acomodarse; algunos verán ángeles, otros demonios; unos la verán como una amenaza, otros como una entidad protectora. Muchos nos aliviaremos con el delirio, pues, como dice Quignard: “Toda interpretación es un delirio” (231).

De esta manera, Sacks, mediante la ciencia, nos conecta con las intuiciones de otros pensadores que han desvelado la fragilidad de nuestra imagen del mundo, construida a través de la fantasía alucinatoria, contra la cual se han tratado de erigir andamios para sostener la certeza de la realidad; pero esta certeza se encuentra fatigada, como lo atestigua Sacks, y empieza a ceder ante una imagen múltiple y evanescente de la realidad. Esta nueva versión que nos proporciona la ciencia no nos dejará incólumes, y nos abre desde ya la posibilidad de una experiencia subjetiva diferente del mundo, de nosotros mismos y de nuestra relación con los otros. ■

Róbinson Grajales (Colombia)

Escritor, psicólogo y Doctor en Lingüística. Ha participado en diferentes proyectos sociales como psicólogo y en los últimos años se ha dedicado a la investigación en el área de la lingüística. Trabaja como profesor de Lingüística Teórica y Descriptiva en la Escuela de Ciencias del Lenguaje de la Universidad del Valle. *El gato de dos caras* (Sílabas, 2012), obra ganadora del Estímulo al Talento Creativo Antioquia 2012, de la Gobernación de Antioquia, es su primera publicación literaria.

Referencias

- Lacan, Jacques ([1964] 1987). *El seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Página 12 (2015). El anuncio de Oliver Sacks [en línea], disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/espectaculos/10-34769-2015-02-20.html>.
- Quignard, Pascal (2005). *El sexo y el espanto*. Barcelona: Minúscula.
- Sacks, Oliver (2009). *El hombre que confundió a su mujer con un sombrero*, Barcelona: Anagrama.